

que desprecia todos los bienes del mundo, todos los placeres, todos los sufrimientos. (*Acercándose a la puerta del fondo.*) ¡Entra! (*Entra Agnostos. Es un atleta brutal, vestido de capitán de los guardias de Atenas, con una gran espada y un escudo. Presentándole a Cleia y a Esopo.*) Mi mujer... Mi esclavo Esopo. (*A Cleia y a Esopo.*) Mirad bien a este hombre. Mírale. Esopo... Es más pensador que tú.

CLEIA (*a Agnostos*). — ¿Eres el capitán de guardias que ha llegado de Atenas?

AGNOSTOS (*apenas con un gruñido*). — Hum.

XANTOS. — Yo estaba en la plaza con mis discípulos, y he visto a este hombre. He querido honrarlo, invitándolo: "Extranjero, ¿quieres beber vino conmigo?" Y él me ha contestado...

AGNOSTOS (*interrumpiéndole, contesta como antes, sacudiendo negativamente la cabeza*). — Hum.

XANTOS. — ¿Quieres ver las luchas en el estadio? Y él me ha contestado...

AGNOSTOS (*lo mismo que antes*). — Hum.

XANTOS. — ¿Quieres ir a los baños?... ¿Quieres ir a templo de Minerva?... ¿Quieres ver a las cortesanas del barrio de Venus? A todo respondía que no. "¿Qué es, pues, lo que quieres?", le he preguntado al fin. Y él me ha contestado...

AGNOSTOS. — Nada. No quiero nada.

XANTOS. — ¿Qué os parece? ¿No es admirable? Nunca he conocido a un hombre así. He enseñado siempre a mis discípulos que los hombres quieren algo: quieren amor, riquezas, vivir más... Quieren alegría. Y de pronto, doy con este ejemplar excepcional: un hombre que no quiere nada. Ya lo veis: ni siquiera se siente feliz... No está desesperado. Está sereno, en calma, como un dios. Y podría desear muchas cosas, porque es joven, es fuerte, es hermoso.

CLEIA. — Sí... Es hermoso.

XANTOS. — Pero no quiere nada. ¿Qué dices de esto, Esopo?

ESOPO (*a Agnostos*). — ¿Te gusta vivir?

AGNOSTOS. — No.

ESOPO. — Si te arrancaran un brazo, ¿te pondrías triste?

AGNOSTOS. — No.

ESOPO. — Si te agujereasen los ojos, ¿te sentirías desesperado?

AGNOSTOS. — No.

ESOPO. — Si te dejaran sordo, ¿enloquecerías?

AGNOSTOS. — No.

ESOPO. — Si te azotasen, hasta que tu cuerpo quedase en carne viva, ¿sufrirías?

AGNOSTOS. — No.

ESOPO (*a Xantos*). — Xantos... Este capitán no es más que un hombre que está enamorado, y no es correspondido. Sólo cuando le sucede eso se queda tan indiferente un capitán de guardias. Si no fuera así, estaría ya haciendo todo lo posible para ser general.

CLEIA (*a Agnostos, con cierta ansiedad*). — ¿Estás enamorado?

XANTOS (*como confortando a Agnostos*). — Vamos, amigo, vamos... (*Con desdén.*) ¡Las mujeres!... ¡Bah! ¿Será, tal vez, que las aborreces?... (*A un gesto de Cleia.*) Cleia: es un capitán. Los soldados no tienen complicaciones amorosas. ¿No es verdad, amigo?... ¿Qué son las mujeres? Un fenómeno fisiológico... Claro que unas piernas bien torneadas y derechas, y unas caderas que se balancean como las barcas ancladas en el Pireo, son una tentación..., hay que reconocerlo. Pero no son más que fisiología... ¿No es cierto, amigo?

AGNOSTOS. — Hum.

CLEIA (a Xantos). — No debías decir eso, teniendo la mujer que tienes.

XANTOS. — ¡Tonterías! Haz que nos sirvan vino, mucho vino. (Cleia bate palmas. Entra Melita.)

CLEIA. — Trae vino y copas. (Melita sale y vuelve en seguida con una ánfora de vino, y copas. Xantos sirve a Agnostos.)

XANTOS (a Cleia). — Sí... Tú, tú eres mi mujer. Pero yo hablo desde la órbita de mi filosofía. Costura, horno y fogón, son el ideal del hogar. Esto, se compra. Y también se compra, cuando se va a Corinto, el placer... Mujeres bárbaras y torpes del norte, de ojos profundos de turquesa y una pelusa como de oro en toda la piel. Negras etíopes, cuyos besos tienen un sabor de fruta silvestre. Árabes carnosas, maternas, en las cuales el hombre se posa como un gran insecto sobre una flor olorosa de Oriente. Griegas expertas y lozanas y derraman versos de Safo en tus oídos, mientras te abrazan... (Bebiendo.) Eso son las mujeres.

CLEIA. — No debías hablar así delante de tu mujer, Xantos.

XANTOS. — ¿Por qué?... Es un momento de confidencias. (Bebe.) Y tú, Esopo, ¿qué dices de las mujeres?

ESOPO. — Para mí, sólo son de dos especies: las que nos hacen sufrir y las que sufren por nosotros. De las que sufren por nosotros no encontré más que una.

XANTOS (riéndose histéricamente). — ¡Esopo!... ¿Hiciste sufrir a una mujer? ¡Cuenta, cuenta! ¿Quién fue?

ESOPO (sencillamente). — Mi madre.

XANTOS. — ¡Ah, embaucador! Entonces, sufres por todas las demás... ¿no? Óyelo bien, Cleia; óyelo bien, Melita... ¡Esopo sufre! ¿Y por qué no? En el fondo, es un hombre más lleno de descos que yo, y menos estoico que este capitán. Quieres a las mujeres... y ellas no te quieren. (Bebe.) ¿Qué te parece Melita? ¿Te gusta?

MELITA (indignada). — ¡Señor!

XANTOS. — Sería la unión perfecta: la belleza y el espíritu. El gran ideal de los espartanos.

ESOPO. — No aspiro a tanto.

XANTOS. — ¿A qué aspiras, pues?

ESOPO. — Tú lo sabes. A la libertad. Apenas si a la libertad.

XANTOS. — ¿Qué harías de la libertad, sin amor?

ESOPO. — ¿Qué harías tú del amor, sin la libertad?

XANTOS. — Tonterías... ¡Tonterías! El amor, como tú lo entiendes, no es libertad, sino sumisión. (A Agnostos.) ¿No es verdad, amigo?

AGNOSTO (bebiendo). — Hum.

ESOPO. — Es fantástica la precisión de este capitán cuando argumenta.

XANTOS. — Este hombre es un filósofo. Es un sabio.

ESOPO. — ¿Crees que un capitán de guardias puede ser un sabio?

XANTOS. — ¡No me contradigas! (Sacando una bolsa de monedas de su cinto.) Toma... Vete al mercado y compra todo lo mejor que haya para un banquete. (A Agnostos.) Quiero honrarte por tu valor y tu sabiduría, compañero.

ESOPO. — ¡Qué curioso!... Los ricos gastan con quien no lo merece el dinero que no han merecido ganar.

XANTOS. — ¡Date prisa, Esopo! Lo mejor que haya. (Esopo sale por la puerta del fondo.)

MELITA (junto a Cleia, por Agnostos). — ¿Es él?...

CLEIA. — Sí, es él.

XANTOS (a Agnostos). — Siéntate, amigo. (Agnostos se sienta.) Mujer: hónralo... Lávale los pies. (Cleia hace una leve inclinación de cabeza, y sale.) Amigo, estás en casa de un filósofo. Mi nombre es Xantos, y tengo muchos discípulos entre los estudiantes de Samos. Mi mujer es Cleia. (Por

Melita.) Esta es Melita, mi esclava. Quien fue a buscar qué comer es Esopo, que dicen que nació en Frigia y es narrador de fábulas. (Melita alcanza las copas a Xantos y a Agnostos, y les sirve vino. Entra Cleia. Trae una ánfora con agua y una jofaina de bronce, que deja en el suelo. Cleia se arrodilla delante de Agnostos y vierte agua en la jofaina; después, le saca al capitán una de las sandalias y empieza a lavarle los pies. Agnostos, bebe.)

CLEIA (a Agnostos, en voz alta). — ¿Estuviste en la guerra?

AGNOSTOS (lacónico, bebiendo vino). — En Creta. (A Xantos.) Buen vino, Xantos.

XANTO. — Estás en Samos, amigo... La tierra del más dulce vino que se conoce.

AGNOSTOS (por Cleia, que le sonríe). — Hermosa mujer, Xantos.

XANTOS. — Ésta es también una tierra de mujeres hermosas. (Xantos hace una seña a Melita para que le sirva vino al capitán. Melita le sirve.)

AGNOSTOS (por Melita). — Linda esclava.

XANTOS. — Si no fueras un hombre desinteresado de las cosas del mundo, te la regalaría.

CLEIA (en tanto Xantos bebe). — ¿Regalar mi esclava?

MELITA (en son de protesta). — ¡Oh, señor!

XANTOS (a Agnostos). — ¿Ves?... Tienen miedo. Saben que viven bien aquí. Mi mujer no quiere perder a su esclava, ni la esclava quiere perder el bienestar que tiene en esta casa. (A las dos mujeres.) Aprended de Agnostos a despreciar los bienes de la tierra.

AGNOSTOS (mirando en torno). — Magnífica casa.

XANTOS. — ¿Te gusta?... Ictino, que construyó el Partenón de Atenas, la hizo para mí.

CLEIA (bajo a Agnostos, en tanto Xantos se sirve vino). — ¿Te quedarás mucho tiempo en Samos?

AGNOSTOS. — Magnífica casa. (A Cleia.) ¿Eh?... ¿Hablabas conmigo? He venido a custodiar las cosechas. Cuando las faenas terminen, me iré.

CLEIA (con ansiedad). — Estarás aquí unos dos meses, ¿no? (Cleia le ha lavado ya los pies a Agnostos. Le ata de nuevo las sandalias y se pone en pie. Melita retira el ánfora del agua y la jofaina.)

AGNOSTOS (sin dejar de mirar en torno). — Magnífica casa.

CLEIA (a Agnostos, en voz baja). — No me has contestado.

AGNOSTOS. — Dos meses. (Entra Esopo. Trae una fuente, cubierta con un lienzo, que deja en la mesa. Xantos y Agnostos van hacia la mesa. Xantos le hace una seña al capitán; y ambos se sientan.)

XANTOS (descubriendo la fuente). — ¡Ah!... Lengua (Empieza a comer con las manos y hace un gesto a Melita para que sirva a Agnostos, que se pone también a comer vorazmente, dando gruñidos de satisfacción.)

AGNOSTOS. — Hiciste bien en traer lengua, Esopo. Es realmente uno de los manjares más exquisitos. (Hace un ademán para que le sirvan vino. Esopo le sirve. Xantos, bebe.)

XANTOS. — ¿Lo ves, extranjero?... Es bueno poseer las riquezas del mundo. ¿No te gusta saborear esta lengua y este vino?

AGNOSTOS (con la boca llena, comiendo). — Hum.

XANTOS. — Sirvé otro plato, Esopo. (Esopo sale por la izquierda y vuelve en seguida con otra fuente cubierta. La descubre y sirve.)

AGNOSTO (con la boca llena). — ¿Qué es esto?... ¡Ah! Lengua ahumada.

XANTOS (a Agnostos). — Es apetitosa la lengua ahumada, ¿eh?, amigo...

AGNOSTOS (mientras Xantos le sirve vino). — Hum.

XANTOS (bebiendo, alegremente, con indicios ya de embriaguez). — Reconoce, al menos, ¡eh, estoico!, que a pesar de despreciar el mundo y sus bienes, no desdeñas el buen vino de Samos ni la rica lengua que preparan los pastores de Arcadia.

AGNOSTOS (en tanto Xantos indica a Melita que sirva vino). — Hum.

XANTOS (a Cleia). — Mujer... Podías tomar la lira y cantar un poco con tu armoniosa voz. Así honrarás aún más a nuestro huésped.

CLEIA. — Prefiero contemplar vuestro banquete, si me lo permites... ¿Por qué no le pides a Esopo que cuente una fábula?

XANTOS. — Esopo, trae otro plato. (Esopo sale por la derecha. A Cleia.) Canta, mujer. (Melita, a un gesto de Cleia, le trae una lira. Cleia, tañendo la lira en un suave y simple acompañamiento, empieza su canción. Esopo, al entrar, se detiene a escucharla.)

CLEIA (cantando).

Sobre el cuello de Venus,
tu boca enmudece.

Sobre la piel de Venus,
tu piel se estremece.

En las manos de Venus,
tu mano se enardece.

En los brazos de Venus,
tu cuerpo languidece.

Oíd, efebos y atletas,
que me miráis con deseo:

Venus, diosa del amor,
me ha enseñado su secreto.

XANTOS (sirviendo vino a Agnostos). — Canta bien, ¿no?

AGNOSTOS (con la boca llena). — Hum.

XANTOS (a Esopo). — Sirve el otro plato. (Esopo, sirve.) ¿Qué traes, ahora?

ESOPO. — Lengua.

XANTOS — ¿Más lengua?... ¿No te he dicho que traieras para mi huésped lo mejor que hubiera? ¿Por qué has traído sólo lengua? ¿Quieres ponerme en ridículo?

ESOPO. — ¿Qué hay mejor que la lengua?... La lengua es lo que nos une a todos cuando hablamos. Sin la lengua, nada podríamos expresar. La lengua es la clave de las ciencias, el órgano de la verdad y de la razón. Gracias a la lengua se construyen las ciudades; gracias a la lengua, decimos nuestro amor. Con la lengua se enseña, se persuade, se instruye, se reza, se explica, se canta, se describe, se demuestra, se afirma. Con la lengua dices: "madre" y "querida", y "Dios". Con la lengua decimos "sí". La lengua ordena a los ejércitos la victoria, la lengua desgrana los versos de Homero. La lengua crea el mundo de Esquilo, la palabra de Demóstenes. Toda Grecia, Xantos, desde las columnas del Partenón a las estatuas de Fidias, de los dioses de Olimpo a la gloria sobre Troya, desde la oda del poeta a las enseñanzas del filósofo, toda Grecia fue hecha con la lengua. la lengua de los griegos bellos y claros, hablando para la eternidad.

XANTOS (levantándose medio borracho, entusiasmado). — ¡Bravo, Esopo! Es verdad... Nos has traído lo mejor que hay. (Sacándose otra bolsa del cinto y tirándosela a Esopo.) Vuelve al mercado y tráenos ahora lo peor que haya... ¡Quiero conocer tu sabiduría! (Esopo recoge la bolsa de monedas y sale por el fondo. Xantos se da vuelta hacia Agnostos.) Dime... ¿No es útil y agradable tener un esclavo como éste?

AGNOSTOS (con la boca llena). — Hum.

XANTOS (a Cleia). — Bebe tú también, mujer... que hoy somos felices. ¡Bebe! (Hace un gesto a Melita para que le sirva vino a Cleia. La esclava, obedece.) ¡Bebe!... (A Agnostos.) A mí, caro colega, que soy precisamente lo contrario que tú... a mí, me gusta disfrutar de las riquezas, sean un esclavo, una mujer, o este vino que bebemos... ¡Más vino! (Melita sirve.) ¡Hoy sería capaz de beberme un tonel de vino! (Bebiendo.) ¿Me acompañarías, filósofo?

AGNOSTOS. — Hum. (Entra Esopo trayendo una fuente cubierta con un lienzo.)

XANTOS. — Ahora que ya sabemos qué es lo mejor que hay en la tierra, veamos qué es lo peor, en opinión de este horrendo esclavo. (Levantando el lienzo que cubre la fuente.) ¿Lengua?... (Indignadísimo.) ¿Otra vez lengua? ¿Lengua?... ¿No has dicho, mostrenco, que la lengua era lo mejor que había?... ¿Quieres ser azotado?

ESOPO. — La lengua, señor, es lo peor que hay en el mundo. Es la fuente de todas las intrigas, el principio de todos los procesos, la madre de todas las discusiones. Usan la lengua los malos poetas que nos fatigan en la plaza; usan la lengua los filósofos que no saben pensar. La lengua, miente, esconde, tergiversa, blasfema, insulta, se acobarda, mendiga, impreca, habosea, destruye, calumnia, vende, seduce, delata, corrompe. Con la lengua decimos "muere" y "canalla", y "plebe". Con la lengua decimos "no". Aquiles expresó su cólera con la lengua; con la lengua trababa Ulises sus ardides. Grecia va a agitar con la lengua los pobres cerebros humanos para toda la eternidad. ¡Ahí tienes, Xantos, por qué la lengua es la peor de todas las cosas!

XANTOS. — ¡Bravo, Esopo! ¡Bravo! (A Agnostos.) ¿Lo ves, colega?... ¿No es maravilloso ser rico y poseer un esclavo como éste? ¿No es asombroso? ¡Vino, Melita, vino!

(Melita sale por la izquierda, vuelve con otra ánfora y sirve.) ¡Estoy tan contento, que sería capaz de beberme todo el vino que hay en la tierra! (A Agnostos.) Caro filósofo: aquí, frente a ti, hay un hombre que sería capaz de beberse el mar entero.

AGNOSTOS (con un gesto de negación). — Hum.

CLEIA. — Xantos, estás borracho.

XANTOS. — ¡Cállate, mujer! (A Agnostos.) ¿No crees que sea capaz de beberme todo el mar? Esopo... Dile que soy capaz de beberme el mar. (A Agnostos.) ¿Quieres el postre? (A Melita.) Sirvele, Melita. (Melita trae el postre y lo sirve. Xantos le hace una seña a Esopo para que sirva vino. A Agnostos.) Di la verdad: ¿crees que no soy capaz de beberme el mar?

AGNOSTOS (moviendo negativamente la cabeza). — Hum.

XANTOS (excitado y borracho). — ¡Apuesto contigo! ¡Apuesto lo que quieras! ¡Mi casa, mi dinero, mis esclavos... todo! ¿Aceptas?... ¡Vamos, acepta!

AGNOSTOS (afirmativo). — Hum.

XANTOS. — Dadme una hoja, dadme con qué escribir. ¡Dudar de la palabra de Xantos! Esopo... ¡Dame con qué escribir!

CLEIA. — ¡Estás borracho, Xantos!

XANTOS. — ¡Calla! (Esopo trae una hoja de papiro y un pincel.) Aquí está... ¿Cuándo quieres que me beba el mar?

AGNOSTOS (con indiferencia). — Hum, hum.

XANTOS (enardecido por la embriaguez, escribiendo). — "Xantos, el filósofo, se compromete a ir mañana a la playa de Samos y beberse el mar...; y si no lo hiciera entregará todos sus bienes, su casa y sus esclavos, a su amigo..." (Dejando de escribir.) ¿Cómo te llamas?

AGNOSTOS. — Agnostos.

XANTOS (escribiendo). — ...Agnostos". (Entregándole el

papiro a Agnostos.) Toma. (*Agnostos hace un gesto de rechazo, pero Xantos lo fuerza a tomarlo.*) ¡Toma! (*Agnostos lo toma.*) ¡Lo vas a ver, colega! Lo vas a ver... ¿Dónde está el postre? (*Esopo se lo sirve.*) ¡Ah!... Muy bien. (*Xantos y Agnostos empiezan a comer el postre. Al primer bocado, Xantos hace una mueca y escupe todo, asqueado.*) ¿Quién ha hecho este postre?

CLEIA. — Yo, Xantos.

XANTOS. — ¡Es el postre más detestable que he probado en toda mi vida! Quien ha hecho un plato así, merece ser quemada en la hoguera.

CLEIA. — ¡Xantos!

XANTOS. — ¡A la hoguera!... (*En el paroxismo de la borrachera y del delirio.*) ¡Que me traigan leña, que voy a quemar a mi mujer! (*Agnostos se pone bruscamente en pie, como iluminado por una idea repentina. Por primera vez, su rostro tiene una expresión humana, y habla discursivamente.*)

AGNOSTOS (*a Xantos*). — ¿Quieres quemar a tu mujer? ¡Espera! Voy a buscar la mía... ¡Así haremos una sola hoguera y las quemaremos a las dos! (*Abatido de pronto, se deja caer de nuevo en la banqueta, esconde la cara entre las manos y llora copiosamente, desentendido ya de lo que sucede a su alrededor.*)

ESOPO. — ¡Es la mejor fábula que he conocido hasta hoy!

CLEIA (*levantándose y hablándole a Xantos con vehemencia*). — ¡No te soporto más, filósofo inmundo! ¡Que los dioses te maldigan! (*Cleia, con paso presuroso y firme resolución sale por la puerta del fondo.*)

TELÓN RÁPIDO

SEGUNDO ACTO

El mismo decorado. Luz matinal. Al levantarse el telón, están en escena XANTOS y ESOPO. Sentado junto a la mesa, desesperado, Xantos llora y golpea el tablero con los puños.

XANTOS (*llorando, en plena crisis de desesperación*). — ¿Lo ves, Esopo?... Mi mujer se ha ido. ¡Ah, ah, ah!... Me ha dejado, a mí... ¡A mí! Se ha ido. (*Sollozando.*) ¡Ah, ah, ah! ¿Qué he de hacer?... ¡Ah, ah, ah!

ESOPO. — Un ratón se hizo una vez amigo de una rata...

XANTOS (*interrumpiéndole*). — ¡Basta de tus malditas historias! Mi mujer me ha abandonado... ¿Te parece que es el momento de contar fábulas de animales?

ESOPO. — Lo que tú digas... No te contaré nada más. (*Breve pausa.*) ¿Tanto quieres a tu mujer?

XANTOS (*entre sollozos*). — La quiero, sí... Pero no es eso lo que me desespera. Si fuese yo quien hubiera dejado a mi mujer, nadie diría nada...; en cambio, cuando es la mujer la que deja al marido, todos se ríen de él... ¡Ah, ah, ah! Yo soy un filósofo, Esopo... Nadie debe reírse de mí. ¿Qué debo hacer?

ESOPO. — En general, las mujeres no soportan a los filósofos.

XANTOS. — Esopo... La ciudad entera va a reírse de mí. ¡Ah, ah, ah!